

Rubén
Castillo
Gallego

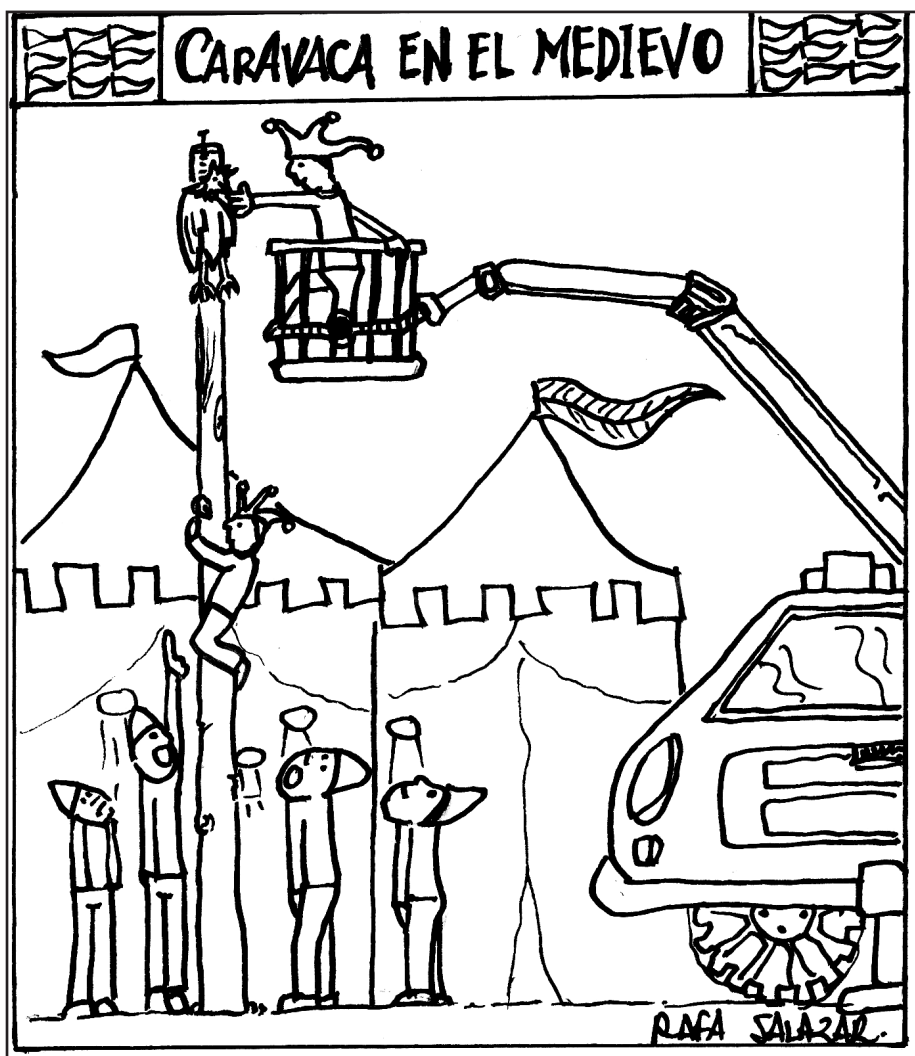
El pensamiento mudo de los peces

Tengo la gran suerte (humana y literaria) de haber tratado a Lola López Mondéjar desde que comenzó a publicar libros. Hablamos del año 1997 y la obra fue *Una casa en La Habana*, que me gustó sobremanera y así lo escribí. Otro tanto hice tres años después en relación a *Yo nací con la bossa nova*. Luego, cayeron en mis manos algunos relatos suyos, dispersos por antologías; y muchos artículos de prensa, de los que iba sacando en el diario *La Opinión*. Pero me faltaba por leer un volumen completo de sus cuentos, un prontuario donde conocer por extenso las habilidades que atesoraba en el terreno (siempre tan resbaloso, siempre tan complicado) de la narración breve. Y ahora la editorial madrileña Páginas de Espuma, impulsada por Juan Casamayor, me ha dado esa oportunidad con *El pensamiento mudo de los peces*.

Y el volumen (conviene decirlo desde el principio) es fantástico. Y lo es por muchas causas: por su exquisito catálogo de personajes, por la sencillez elaborada de sus argumentos, por las indagaciones anímicas que nutren sus páginas (y que Lola, psicoanalista de profesión, borda), por su lenguaje ecuánime y ajustado. Así, nos encontramos con seres que viajan hacia la frontera y que nos permiten conocer los límites síquicos del ser humano (*Tomy Amador*); con chicas doloridas, que sufren el acoso de un pasado atroz (*Mar*); con mujeres alienadas que, gracias a un aforismo de Paracelso, comienzan a advertir las paulatinas renunciaciones que pueblan su vida (*El pensamiento mudo de los peces*); o tenemos noticia de las dádivas sexuales que es capaz de ofrecer una mujer compadecida (*Rehén*); u observamos cómo un hombre puede convertir a una mujer en salvaguarda o en isla, frente al naufragio de la cotidianidad (*Marta*); o constataremos qué siente una muchacha herida por la bofetada de la decepción (*Pensamiento de amor*); o conoceremos a seres tan magnéticos como Clara (que elude una culpa mediante el artificio del conformismo), Luisa (que se retira al campo para no sufrir la agresión envidiosa de sus antiguos amigos) o Wuó (que alivia su soledad descubriendo la mágica frontera de la lluvia).

Mil historias, mil corazones, mil abismos.

El pensamiento mudo de los peces es un vademécum de seres infelices, que vagan a la deriva en el naufragio del existir. Tal vez lo que Lola López Mondéjar pretenda explicarnos en estas veinte propuestas es que todos somos, en el fondo, fracasados irremediables, fracasados esenciales, que eludimos la asunción de ese dato mediante la añagaza de refugiarnos en la amnesia, o en la memoria corta de los peces, o en la memoria guadiánica. Quién sabe.



Pascual
García
garciapascual@hotmail.com

También Sócrates dormía la siesta

De pequeños nos obligaban a dormir la siesta en verano. Era una especie de tortura sutil y paradójica, porque, a pesar de estar recién comidos y de que las tardes de estío eran sofocantes y pesadas, ni teníamos sueño ni ganas de meternos en la cama a perder el tiempo. Veinte años después volvieron a obligarme a dormir la siesta, pero en esta ocasión con toque de silencio incluido, pues me encontraba realizando el servicio militar y en tal circunstancia suele ser corriente soportar la inflexibilidad de las normas marciales combinada con los aspectos más extravagantes y chuscos de la vida. Ahora bien, reconozco que en esta época sí me apetecía tumbarme en la litera después de trasegar de cualquier modo la bazofia que ellos llamaban comida. No en balde, nos levantábamos a las seis y media y no parábamos de triscar en todo la mañana. El calor, la fatiga y el aburrimiento nos adormecían sin duda.

Tal vez algún delgado lazo emparenta ambas situaciones, pues en los dos casos dependemos de otros, que tienen mucho interés en buscarnos ocupaciones para controlar nuestras horas. El mundo se sosiega, todo hay que decirlo, cuando un niño de pocos años duerme. Ahora que soy padre lo sé. Aquellos doscientos reclutas de la compañía que estaban a punto de jurar bandera también se calmaban en las tardes de julio y agosto, mientras el suboficial de guardia roncaba en su camarera particular.

La infancia y la adolescencia son edades de aprendizaje en todos los sentidos. Tardamos en apreciar el refinamiento, las complejidades de la existencia y los innumerables matices de todos los placeres. De hecho, hasta pasados los treinta no sabemos comer ni beber ni gozamos con solvencia de los misterios de la carne. Es verdad que tragamos, engullimos, nos emborrachamos y somos capaces de hacerlo varias veces en una sola noche, pero ignoramos en absoluto el secreto que encierran estos extraordinarios sucesos. No distinguimos entre el calimocho y un Rioja del 64 o entre una hamburguesa y un pastel de cabracho. Tenemos el paladar y el resto de los sentidos abotargados, pues nos hallamos en un tiempo en que los días, la experiencia y la cultura irán de un modo paulatino desbastándonos hasta hacer de nosotros hombres y mujeres con sensibilidad, discernimiento y juicio.

Entregarse cada tarde a las delicias táctiles de las sábanas frescas en invierno y en verano, arrebujados para encontrar el calor o despatarrados y boca arriba para refrigerarnos, mientras repasamos nuestros actos diarios, los beneficios y los deberes de cada jornada, el objetivo de nuestro trabajo cotidiano, el amor a nues-

tra familia, los sueños y las aspiraciones inevitables constituye un rito que vengo practicando con regularidad casi monástica desde que regresé de la mili, en la que ni me hice hombre ni aprendí otra cosa que a sobrevivir, pero trabé nuevas amistades y me traje esta costumbre, que no es un vano ejercicio de vagos y desocupados, sino una búsqueda de la verdad en el interior de cada uno de nosotros, pues resulta imprescindible meditar, al menos una vez al día, acerca de la naturaleza de la que estamos hechos y del propósito que nos guía en la vida. Es un alto en el camino, una parada para tomar aire, mirar atrás, volver el rostro a un lado y a otro, cerciorarnos de que todo se halla en su sitio y proseguir el viaje.

Confieso que con una hora me basta y que un resorte íntimo me despierta de un modo automático pasado ese lapso de tiempo. El largo día se transforma, de esta manera, en dos jornadas medianas, y la reflexión incluida airea mi conciencia y me despeja, sin duda. Es una cura tan natural y antigua como el propio hombre, que me renueva el deseo de trabajar y de llevar a cabo otras empresas.

Continúo de esta forma la vieja tradición de la familia, al menos en lo que hace referencia a los hombres, porque las mujeres parecen hechas de otra pasta y apenas descansan en todo el día. Como mis dos abuelos y mi padre, yo también llevo a cabo esta saludable actividad por la que tantas veces fuimos vilipendiados los españoles en el extranjero y que ahora empieza a ponerse de moda en algunos de los países más desarrollados. Dormir la siesta no es asunto de gandules. Yo estoy seguro de que buena parte de la cultura occidental, la que procede de Grecia y de Roma, le debe mucho a esta suerte de terapia, y que Sócrates, Aristóteles o Virgilio, por poner unos pocos ejemplos, también se echaban un rato cada tarde, después de las comidas.

